

# EL DRAGÓN HERIDO

Había hace muchos años un anciano. Aquel señor era extraño, decía la gente. Un buen día, aquel señor se acercó al Gran Jefe de su aldea.

- Señor, tengo algo importante que comunicarle.

El Gran Jefe lo escudriñó con la mirada. Sus prejuicios le pedían a gritos que no hablara con él, pero finalmente accedió a que le contase lo que le tenía que contar. A lo mejor aceptó por mera curiosidad o porque realmente pensaba que el mensaje era importante, pues nadie lo supo nunca.

- ¿De qué se trata?

- Señor... un dragón acecha.

- ¿Un dragón?

- Sí, señor. Estoy seguro. Vaya, vaya a revisar al bosque o hará que su aldea arda en llamas.

Pasaron unos cuantos días, cuando, finalmente, el Gran Jefe fue a revisar al bosque, como el extraño anciano le había aconsejado, dejando a su aldea desprotegida.

- Sólo son unos días - se decía continuamente, creyéndose paranoico - no pasará nada algo malo en tan poco tiempo.

Casualmente, nada más se fue el Gran Jefe, las tropas de otro reino arrasaron por completo la pequeña aldea. Cuando volvió - sin éxito - de su ausencia, se encontró con su arrasada totalmente. Fue un error que nunca se perdonó.

Pasaron los años, y la leyenda del anciano pasó de boca en boca por todas las aldeas... menos una. Aquella alejada aldea desafortunada corrió la misma suerte que la primera. Ahora sí, la leyenda se transmitió entre la gente, asegurándose de que absolutamente todas las aldeas lo sepan.

Pasaron aún más años, y el anciano extraño volvió a aparecer en otra aldea distinta diciendo lo mismo que las dos últimas veces:

- Señor... un dragón acecha.

- ¡Arréstelo! - gritó el Jefe a todo pulmón.

Su orden se efectuó, y días más tarde el señor extraño fue ejecutado.

Lamentablemente, la leyenda del señor extraño se empezó a perder con el tiempo.

\* \* \*

Aquel día el ambiente parecía diferente, con menos cantos de pájaros de lo habitual y el viento parecía que suspiraba. Enya pensó que sólo ella notaba el ambiente así, pero no; todo el mundo parecía notarlo.

Enya había salido como todas las mañanas de su hogar para tomar rumbo hacia el bosque, donde ejercía el oficio de guardabosques a cambio de tres monedas de plata a la semana. Ella era la encargada de avisar a todo su pueblo por si venían tropas de otra aldea. «Un trabajo de mucha responsabilidad» le dijeron, pero ella no estaba segura. Todos los días era la misma rutina: ir al bosque; quedarse allí todo el día sola, aburrida y vagando por los alrededores, y volver al final del día informando siempre lo mismo: que todo estaba en orden.

Cuando salió ese día, tuvo la corazonada de que algo iba a pasar; que, por primera vez en todos esos años, iba a encontrarse con algo o alguien que sea mínimamente interesante.

Pasó una hora, luego otra y otra más. Enya ya había perdido la esperanza. «Resulta que es un día como cualquier otro» se dijo para sí. Sin embargo, nada más pronunciar la última palabra de esa frase, escuchó un crujido en la maleza. Con su arco y flecha en mano, se dirigió hacia aquel extraño sonido. Se acercó cada vez más y lo que encontró la dejó boquiabierta. Un dragón. Había un enorme dragón color azabache cubierto de escamas. Cualquiera que lo hubiera visto habría estado totalmente aterrado: sus afiladas garras, sus imponentes alas... Por el contrario, ella sentía familiaridad de algún modo, una especie de conexión inexplicable.

Cuando consiguió tomar consciencia de la situación, vinieron las dudas. Su trabajo le exigía que le pusiera un sedante para poder llevarlo a su aldea, que lo estudien y que vean qué pueden hacer con él, pero por otro lado... No, No podía simplemente entregarlo. Entonces la recordó.

- La leyenda... Entonces sí era verdad, eras tú. - El dragón la miró fijamente, como si la entendiera.

Entonces tomó una decisión que podría costarle la vida: Se escaparía con el dragón.

Guió al dragón hacia una zona escondida del bosque, donde la gente no se atrevía a llegar, debido a su lejanía con respecto a la aldea y el aspecto fúnebre que transmitía. Dejó allí solo al dragón, pues ella debía de volver a su aldea y rellenar el informe, si no probablemente pensarían que tropas de otro reino acabaron con su vida y no pudo volver, entonces irían a buscarla dando a cabo la posibilidad de que encuentren a su dragón.

Nada más volver a su aldea, solicitó hablar con su superior. Tras bastantes plegarias, el permiso le fue concedido.

- Señor, he notado que desde las Montañas del Norte el enemigo tiene más fácil entrar y atacar que por otras zonas, y llevamos demasiado tiempo sin recibir la más mínima amenaza. Es demasiado sospechoso, solicito su permiso para quedarme unas semanas por esa zona.

- ¿Y pretende ir usted sola? ¿No es demasiado peligroso?

- Precisamente por eso debo ir sola. Soy la más habilidosa de este reino con el arco y mi agilidad es asombrosa. No me pasará nada, le avisaré si veo la más mínima cosa peligrosa. Además, si manda a más gente, corre el riesgo de perderlos y debemos de llevar también más provisiones para sobrevivir.

- De acuerdo. - se resignó el Gran Jefe tras un rato de pensarlo. - Tenga cuidado. Le doy un plazo de un mes para volver, si no vuelve mandaré a buscarla.

- Gracias, señor. - Enya suspiró aliviada. Tenía un mes para escaparse con el dragón, pero, ¿qué haría cuando el plazo se acabe?

Al día siguiente, Enya volvió donde el dragón con muchas provisiones. Lo preparó todo para comentar el viaje. Una vez hubo terminado, se subió a lomos del dragón y le pidió que alzara el velo... pero no obtuvo respuesta. El dragón no partía. Era como si no quisiera o no pudiera emprender el viaje. Enya entendió de inmediato que algo pasaba con el dragón. Se bajó de su lomo y empezó a revisarlo en busca de alguna herida o marca y...

- Dios mío.

Bajo las alas el dragón tenía una gran y profunda herida, pero no reciente; más bien parecía que estaba ahí desde hace tiempo, pero nunca fue tratada. Cuando consiguió recuperarse del susto empezó a desinfectarla y curarla. Mientras lo estaba haciendo, encontró algo que no debería de estar allí: él tenía una lanza clavada en el cuerpo. Enya, horrorizada, sacó la lanza de su costado y la observó durante unos segundos. Aquella lanza tenía la grabación del escudo de su reino. Entonces lo comprendió todo, las historias que le contaron cuando era niña, las leyendas que ya se sabía de memoria... Era todo falso. La verdadera aldea culpable de todos los destrozos y violencia... era la suya propia. Entendió de inmediato que no podía volver nunca al lugar donde creció, tenía que emprender una nueva vida. Cogió su bolsa y se fue junto al dragón. Se dirigieron hacia el futuro, un futuro con los dos juntos en otra aldea, un nuevo comienzo. FIN ☺